



Desde luego, ¿qué es lo que se entiende por milagro? Entre todas las definiciones, preferimos la de un incrédulo famoso, para evitar sutilezas de los incrédulos subalternos. Un milagro, dice J. J. Rousseau, es, en un hecho particular, un acto inmediato del poder divino, un cambio sensible en el orden de la naturaleza, una excepción real y visible de sus leyes.

¿Dios puede hacer milagros? se pregunta él mismo. Esta pregunta, seriamente tratada, responde él, sería impía si no fuera absurda; sería hacer demasiado honor al que la resolviera negativamente si se le castigase; bastaría con encerrarle (1).

Pero ¿qué es el orden y las leyes de la naturaleza, y cómo las conocemos? Las conocemos únicamente por la experiencia general que nos muestra los mismos efectos constantemente, reproducidos en las mismas circunstancias. Llamamos leyes á las causas de estos efectos constantes, y llamamos orden al conjunto de estas leyes.

¿Cómo, en fin, saber con certidumbre que un hecho particular es un milagro, un cambio sensible en el orden, en la naturaleza, una excepción real y visible de sus leyes? La respuesta no es difícil. Conocemos la excepción de la misma manera que conocemos la regla por el sentido comun. En efecto, únicamente por el testimonio universal, por el consentimiento comun, es como sabemos con certidumbre, que un fenómeno es natural ó conforme á las leyes, al orden constante de la naturaleza. Cuando, pues, este mismo testimonio, inmediata ó mediatamente, atestigua que un hecho, un fenómeno cualquiera, es un cambio sensible en el orden de la naturaleza, una excepción real y visible de sus leyes, la realidad de este cambio ó de este milagro es tan cierta, como lo es que existe un orden y leyes de la naturaleza; y cualquiera que rehuse creer sobre este punto el testimonio general de los hombres, no puede razonablemente creer sobre ningun punto; no puede ya, ni conocer el orden de la naturaleza y sus

(1) Lett. de la Montagne.

leyes, ni aun saber si hay leyes y un orden real de la naturaleza (1).

Pero se dirá: ¿el paganismo no habla tambien de milagros? Que hable: esto prueba que en todas partes siempre se ha creído en la posibilidad de los milagros, y que por todas partes se ha creído que los milagros reales son una prueba de la intervencion divina. Pero de todos estos pretendidos prodigios, contados sobre la voz y fama por Tito Livio, Tácito, Filostrato, no hay uno sólo acerca del cual el sentido comun haya hecho constar la realidad. Les examinaremos á medida que el tiempo nos les presenta, y veremos que, comparados con los milagros consignados en los libros santos, les sucede lo que á las serpientes de los encantadores de Egipto: la mentira es absorbida por la verdad. No se puede dar nada comparable á esta serie imponente de los milagros de Moisés y de Jesucristo; milagros que abrazan todos los tiempos y todos los lugares; milagros que han sido hechos á la faz del cielo y de la tierra, ante millares de testigos interesados en contradecirles; milagros que tenían por objeto, no adular las pasiones de los hombres, sino instruir y reformar el universo; milagros entre los cuales los dos más milagrosos, el pueblo judío y el pueblo cristiano, son siempre igualmente inexplicables é incontestables á la razon humana.

Hay quien supone que para hacer un milagro, Dios se ve obligado á cambiar alguna cosa del plan de su providencia. ¡Espíritus limitados se imaginan que Dios les es semejante! Su eterna sabiduría alcanza de una extremidad á otra con fuerza, y dispone todo con dulzura. Ha criado el universo como jugueteando, y le conserva del mismo modo. Lo que hace todos los dias, es aún más admirable que lo que hace rara vez. Pero nuestro espíritu con la fuerza de la costumbre nada le mueve. A la larga, los hombres creerian que las cosas van así por una ciega necesidad.

La sabiduría lo ha previsto. Se ha reservado en todo tiempo ciertos hechos, no más ma-

(1) *Essai sur l'indiff. en mat. de religion*, t. 4, c. Milagros.



ravillosos, sino más extraordinarios, para despertar nuestra atencion y recordarnos que ella es la que conduce todo á su voluntad. Las maravillas de todos los dias y las más raras, todo se dirige al gran fin de todas las cosas, la gloria de Dios y la salvacion de los hombres.

Así, segun lo que la sabiduría nos enseña, ella es la que libró al pueblo santo de la nacion que le oprimia. Entró ella en el alma del siervo de Dios, mantívose contra reyes terribles con portentos y señales. Dió á los justos el galardón de sus trabajos, y les condujo por camino maravilloso, y sirvióles de toldo durante el dia, y de luz de estrellas por la noche. Los traspasó por el mar Rojo, y los transportó por las muchas aguas. Ella sumergió en el mar á sus enemigos, y los sacó del profundo de los abismos. Por esto los justos se llevaron los despojos de los impíos (1). Caminaron por desiertos que no eran habitados; y en lugares yermos fijaron chozas. Hicieron frente á sus enemigos, y se vengaron de sus contrarios. Tuvieron sed y te invocaron, y fuéles dada agua de una peña muy alta y refrigeró de la sed de una peña muy dura; mientras que en vez de fuente perenne diste á los injustos sangre humana. Habeis probado á los unos como un padre que amonesta, y condenado á los otros como un rey severo que interroga á los criminales.

Para castigar los pensamientos extravagantes é impíos de los que se extraviaron hasta el punto de adorar á las serpientes y á los animales más viles, habeis enviado contra ellos una multitud de animales mudos, para que supiesen que por las cosas en que uno peca, por las mismas es tambien atormentado. Porque no estaba imposibilitada tu omnipotente mano, que crió el mundo de una materia nunca vista, de enviar sobre ellos muchedumbre de osos y leones bravos, ó animales de una especie desconocida, llenos de un furor inaudito, respirando vapor de fuego, esparciendo negro humo y lanzando por los ojos centellas espantosas, que no solamente pudieron exterminarlos con su daño, sino con solo su vista matarlos de espanto. Sin esto podian ser muertos con un solo aliento de

(1) Sap., 10.

tu poder; mas todo lo dispusiste con número, peso y medida. ¿Quién podrá resistir á la fuerza de tu brazo? Todo el mundo es delante de tí como un pequeño grano que apenas hace inclinar la balanza, y como una gota del rocío de la mañana que desciende á la tierra. Mas tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres por amor de la penitencia; porque amas todas las cosas que son, y ninguna aborreces de aquellas cosas que hiciste, porque ninguna estableciste ó hiciste aborreciéndola. En efecto, ¿cómo podria permanecer cosa alguna, si tú no hubieras querido? ¿O cómo se conservaria lo que de tí no fuese llamado? Mas perdonas á todas las cosas porque tuyas son, Señor, que amas las almas.

Se ve por estas palabras, que si Dios aflige al Egipto, es ménos para castigarle, que para convertirle. Librando á los hebreos de la esclavitud de los egipcios, queria librar á los egipcios de una esclavitud, por concepto distinto, mucho más deplorable. Los hebreos eran esclavizados por la violencia de los hombres; los egipcios eran esclavos por la supersticion de las bestias. Esto es tan cierto, que, leyendo en la geografia de Estrabon la descripcion del Egipto, se cree leer la descripcion de una casa de fieras. Aquí, es el gobierno y la ciudad del buey; allí, el gobierno y la ciudad de la vaca; á la derecha, el gobierno y la ciudad del perro; á la izquierda, el gobierno y la ciudad del gato; de este lado, el gobierno y la ciudad del lobo; del otro, el gobierno y la ciudad del leon; abajo, el gobierno y la ciudad del macho cabrío; arriba, el gobierno y la ciudad del cocodrilo. No habia más que el nombre de la bestialidad. Cada provincia, cada ciudad, tenia su especie de bestias, á que tributaba un culto.

Habia tierras cuyas rentas estaban destinadas á la conservacion de estos animales. Ciertó número de hombres y de mujeres de un rango distinguido, estaban encargados de custodiarles en dependencias consagradas, hacerles compañía, servirles y alimentarles con toda clase de exquisitas comidas en lujosas artesas, como pescado cortado en trozós, flor de harina cocida con leche, tortas de todas clases hechas con miel y carne de ansar cocida y asada. Los que





vivían de animales crudos, eran alimentados con diferentes especies de aves. Además de esto, se les lavaba en baños tibios y se les perfumaba con los ungüentos más preciosos y odoríferos. Se acostaban sobre tapices magníficos. El cargo de cuidar y alimentar todos estos animales sagrados, era un empleo en el cual los hijos sucedían á los padres, y que, lejos de ser vil, era de tal manera apreciado entre los egipcios, que las personas que desempeñaban estas funciones obtenían mucho honor; llevaban señales de distinción, y desde que se las reconocía, se doblaba la rodilla ante ellas.

Si alguno mataba voluntariamente uno de los animales sagrados, era condenado á muerte; si había cometido esta acción involuntariamente, la pena que debía sufrir se dejaba á discreción del sacerdote. Pero si un hombre mataba, voluntaria ó involuntariamente, un gato, un halcón, un tántalo, se le condenaba á muerte sin misericordia. Frecuentemente el pueblo, en estas ocasiones, no pudiendo contener su furor, se arrojaba sobre los desgraciados y los mataban á porrazos sin otra forma de proceso. Diodoro de Sicilia cuenta á este propósito el ejemplo notable de un romano que, habiendo matado por descuido un gato, fué hecho trizas por el pueblo, que no hizo caso ni de la mediación de muchas personas respetables enviadas por el rey para obtener su gracia, ni del poder de los romanos, con los cuales los egipcios estaban á punto de hacer la paz (1). Si alguno, por casualidad, encontraba á una de estas bestias muerta, se apartaba á cierta distancia y protestaba con grandes lamentos que la había encontrado sin vida. En fin, nada era más sagrado para los egipcios que estas especies de divinidades mientras vivían. Cuando moría un gato en alguna casa, toda la familia se afeitaba las cejas; si era un perro, se afeitaba todo el cuerpo, y no hacía ningún uso de las provisiones que podía tener entonces. Los cadáveres de estos animales eran envueltos en un hermoso lienzo; se les embalsamaba con aceite de cedro y otras preparaciones aromáticas, y se les metía en féretros consagrados.

(1) Diodoro Sic., 1. 1.

Hoy todavía, cerca de la ciudad de Bubasta, se encuentran inmensas tumbas llenas de cadáveres preciosamente embalsamados; y estos son cadáveres de gatos. Bubasta, ó la ciudad de los gatos, era el cementerio nacional, ó más bien el panteón de estos animales.

Es muy creíble que, en tiempo de Moisés, las cosas no habían llegado aún al exceso á que llegaron en tiempo de Herodoto, de Diodoro y de Estrabon; pero no puede dudarse que esta prodigiosa superstición estuvo desde entonces muy arraigada. Para librarles de este error Dios castiga á los egipcios con golpes repetidos, comenzando por el Nilo, que era uno de los principales objetos de su culto.

El Señor habló de nuevo á Moisés: «Dí á Aaron: Toma tu vara y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto, sobre los ríos, sobre los canales, arroyos, lagunas y sobre todos los lagos, para que se conviertan en sangre; y haya sangre en toda la tierra de Egipto, así en las vasijas de madera, como en las de piedra.» Moisés y Aaron hicieron lo que el Señor había mandado; y alzando la vara hirió el agua del río á vista de Faraon y de sus siervos, la cual se convirtió en sangre. Los peces que había en el río murieron, y el río se corrompió; los egipcios no podían beber el agua del río, y hubo sangre en toda la tierra de Egipto (1).

Los egipcios consideraban al Nilo como una imagen sensible del Criador y conservador del Universo. Para esto había allí algún fundamento. El Universo recibe de Dios su existencia y su belleza; el Egipto recibe uno y otro del Nilo. Los egipcios no se contentaron con esto: el río no fué ya para ellos más que una manifestación real de este Dios que, bajo una forma visible, vivificaba y conservaba su país (2). En este concepto, hubo un culto y sacerdotes. Para desengañarles de esta exageración supersticiosa, el Señor, á la voz de Moisés, le convirtió en sangre, y le hizo llegar á ser para sus estúpidos adoradores una causa de muerte, en lugar de ser una fuente de vida. Este castigo,

(1) Exodo, 7, 21.

(2) Champollion, *Panteon egipcio, Chnouphis*. — Nilus.



que duró siete días, les mostraba tan claramente como la luz del sol que el Nilo, con todos los animales que contiene, con toda la fecundidad que comunica al Egipto, estaba en la mano del Señor que predicaban Moisés y Aaron; que no era á la criatura, el elemento líquido, al que era necesario adorar, sino al Criador, que hace y cambia todo á su voluntad.

Había también en esto otra lección. Los egipcios habían ahogado en el Nilo á los hijos de los hebreos. El río viene á ser su acusador, presentándoles por todas partes, en lugar de su agua limpia, la sangre de estas inocentes víctimas. Esta reflexión es del libro de la Sabiduría (1).

Los hombres de buena voluntad podían aprovecharse de estas terribles advertencias, para volver á entrar en sí mismos. Mas Faraon no fué de este número. Sus magos, habiendo mandado traer agua, verosíblemente de la mar, que no estaba muy lejos, la hicieron ellos también aparecer como sangre por sus encantamientos; y endurecióse el corazón de Faraon, y no les oyó, como el Señor lo había ordenado, sino que se volvió y entró en su casa, y tampoco se ablandó su corazón aun por esta vez.

En cuanto á los egipcios, cavaron al rededor del río para sacar agua de que beber, porque el agua del río no era potable. Pero, según cuenta Filón, salió sangre de los parajes en donde abrieron la tierra, como sale sangre de un cuerpo que se traspasa con una espada (2). Un gran número del pueblo murió durante los siete días que duró esta plaga; así lo da á entender el libro de la Sabiduría (3). La primera plaga, de la cual fué presa el Nilo, no había tocado apenas á Faraon y á sus ministros. Teniendo vino y otros licores, se pasaban fácilmente sin beber agua. Una segunda plaga va á salir del río, que hará más efecto. En virtud de una orden de Dios, transmitida por Moisés, Aaron extendió su mano con su vara sobre los ríos, arroyos y lagunas. Al punto toda la tierra de Egipto hormigueó de ranas; subieron y entraron en el

(1) Sap., 11, 7 y 8.

(2) Filón, *De Vita Moisis*, lib. I.

(3) Sap., 11, 9.

palacio del rey, en el aposento de su lecho, sobre su estrado, en las casas de sus oficiales y en las de todo su pueblo, hasta en los hornos y en la masa. Los magos vinieron también á aumentar el mal. Ellos también hicieron venir ranas; pero, con gran confusión suya, no pudieron hacerlas desaparecer cuando quisieron. Estos horrorosos animales afligían, pues, todo el Egipto; ningún medio había para librarse de ellos; muertos, infestaban las aguas y el aire; vivos, ensuciaban todo con su contacto, ofuscaban la vista por su deformidad, ensordecían los oídos con sus interminables cantos. Parecían querer recordar á los egipcios los gritos de los millares de niños que habían arrojado en el mismo río de donde salían.

Vencido, Faraon llamó á Moisés y Aaron, y les dijo: «Rogad al Señor que quite de mí y de mi pueblo las ranas; y dejaré ir al pueblo de Israel para que ofrezca sacrificio al Señor.» No dijo más: «¿Quién es Jehová, quién es el Señor, para que oiga su voz? Ya sabe y confiesa que este es el Soberano Señor de todas las cosas. Moisés, para convencerle más y más, le respondió: «Señálame el tiempo en que he de rogar por tí, y por tus siervos, y por tu pueblo, para que sean echadas las ranas de tí, de tu casa, de tus siervos, de tu pueblo, y solamente se queden en el río.» «Mañana,» respondió Faraon. Y Moisés: «Lo haré, dijo, conforme á tu palabra, para que conozcas que no hay como el Señor nuestro Dios.» Moisés rogó, y las ranas murieron en las casas, en las granjas y en los campos. Las juntaron en inmensos montones y se corrompió la tierra. Mas viendo Faraon que se había dado descanso, endureció su corazón y no ejecutó su promesa, según el Señor lo había dicho.

Una plaga todavía más humillante va á suceder, que confundirá á los magos. Aaron, según la orden que le dió Moisés de parte de Dios, hirió con su vara el polvo de la tierra, y el polvo se convirtió en ánifes, que se adherieron á los hombres y á los animales. Los magos hicieron sus encantamientos acostumbrados para producirles igualmente; mas no pudieron, y dijeron á Faraon: «El dedo de Dios está aquí.» Por donde ellos reconocían que, en todo lo que habían hecho hasta entonces, no tenía nada de